



ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA

CONSEJO DIOCESANO DE MADRID
BOLETÍN ARCHIDIOCESANO

Noviembre 2021 n.º 1.409



1 | Editorial

2 | De nuestra vida

2 | Vigilia General de Difuntos

3 | Seminario para responsables de la ANE

3 | Apostolado de la Oración

3 | Necrológicas

4 | Las Parábolas

7 | Calendario Litúrgico

9 | Doctores de la Iglesia

12 | Los fieles difuntos

14 | Tema de Reflexión

16 | De La Lámpara

17 | La alegría de ser cristiano

19 | Orar con los salmos

21 | Colaboración

24 | Rincón poético

25 | Catecismo de la Iglesia Católica

27 | Calendario de Vigilias

29 | Cultos en la Capilla de la Sede

29 | Rezo del Manual



Portada:

El esposo y las vírgenes necias

Francesco Fontebasso (1707 - 1769)

Edita: ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA
CONSEJO DIOCESANO DE MADRID.

Domicilio: C/ Barco, 29, 1.º
28004 Madrid
Tel. y Fax: 915 226 938
anemadrid1877@gmail.com
@anemadrid1877
www.ane-madrid.org

Redacción: J. Alcalá, A. Caracuel, A. Blanco, F. Garrido,
A. Ramírez, D. Ruiz.

Diseño, maquetación e impresión: Gráficas Arias Montano, S.A.
Depósito Legal: M-7548-2011

Cuenta Bancaria para cuotas y donativos:

ES30 0075 0123 5506 0096 9468

144 AÑOS DE FIDELIDAD



A las nueve y media de la noche del día 3 de noviembre de 1877, se reunieron en la iglesia de San Antonio del Prado de Madrid, siete caballeros españoles capitaneados por Luis de Trelles y Noguerol para celebrar la primera vigilia, naciendo así la Adoración Nocturna Española, cuyo 144 aniversario celebramos.

Al dar gracias al Señor por tan larga vida, recordamos cuales son los fines principales de nuestra obra y que nosotros hemos de procurar cumplir:

- *Adorar con amor al mismo Cristo.*
- *Adorar con Cristo al Padre «en espíritu y en verdad»*
- *Ofrecerse con Él, como víctimas penitenciales, para la salvación del mundo y para la expiación del pecado.*
- *Orar, permanecer amorosamente en la presencia de Aquel que nos ama.*

Felicidades a todos por esta hermosa efemérides y que Jesús Sacramentado nos haga fieles en el cumplimiento de nuestras obligaciones como adoradores ■

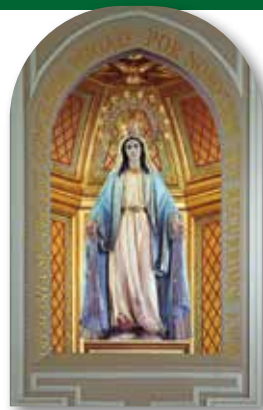
VIGILIA GENERAL DE DIFUNTOS

Al día siguiente buscaron a Judas para ir a recoger los cuerpos de los muertos y a sepultarlos con los suyos en los sepulcros de sus padres.

Bajo la túnica de cada muerto encontraron objetos consagrados a los ídolos de Jamnia, prohibidos por la Ley a los judíos. Comprendieron entonces por qué habían muerto. Todos se admiraron de la intervención del Señor, justo juez que saca a luz las acciones más secretas, y rezaron al Señor para que perdonara totalmente ese pecado a sus compañeros muertos.

El valiente Judas exhortó a sus hombres a que evitaran en adelante tales pecados, pues acababan de ver con sus propios ojos lo que sucedía a los que habían pecado. Efectuó entre sus soldados una colecta y entonces envió hasta dos mil monedas de plata a Jerusalén a fin de que allí se ofreciera un sacrificio por el pecado. Todo esto lo hicieron muy bien inspirados por la creencia de la resurrección, pues si no hubieran creído que los compañeros caídos iban a resucitar, habría sido cosa inútil y estúpida orar por ellos. Pero creían firmemente en una valiosa recompensa para los que mueren como creyentes; de ahí que

su inquietud era santa y de acuerdo con la fe. Esta fue la razón por la cual Judas ofreció este sacrificio por los muertos; para que fueran perdonados de su pecado. (2 Mac, 12).



La escritura nos muestra en este pasaje del segundo Libro de los Macabeos cómo la confianza en la resurrección ha movido al pueblo de Dios a elevar plegarias al Dios de la Vida. Esta confianza, esta certeza que mueve a Judas Macabeo y sus soldados a ofrecer un sacrificio de expiación por sus compañeros caídos, sigue presente en la Iglesia que ofrece el sacrificio de Cristo que se actualiza en cada Eucaristía por aquellos que han pasado de este mundo a la vida eterna.

Como es tradicional, la Adoración Nocturna Española celebrará la noche del 1 de noviembre la Vigilia General de Difuntos. Los turnos de la Sección de Madrid nos reuniremos en la Parroquia Basílica de la Milagrosa a las 22:00 horas. El resto de las secciones celebrarán la vigilia en sus correspondientes templos. ■

RECUERDA

VIGILIA GENERAL DE DIFUNTOS

SECCIÓN DE MADRID

1 DE NOVIEMBRE DE 2021 • 22:00 HORAS

PARROQUIA BASÍLICA DE LA MILAGROSA (C. García de Paredes 45)

Seminario para responsables de la Adoración Nocturna Española de Madrid

El Consejo Diocesano de Madrid de la Adoración Nocturna Española ha programado un seminario dirigido, en una primera fase, a los Directores Espirituales, Jefes y Presidentes de los Turnos y Secciones de Madrid. El objetivo es profundizar en las raíces históricas de ANE, en su ideario espiritual y en el cómo y porqué de las vigiliyas y sus partes, así como en el compromiso de los adoradores nocturnos.

El seminario tendrá lugar el día 6 de noviembre en formato presencial en las instalaciones del Colegio La Inmaculada-Marillac (c. García de Paredes 37). Dará comienzo a las 8:00 horas. Se habilitará una sesión on-line para aquellas personas que no puedan asistir presencialmente a las sesiones. Se recomienda encarecidamente que esta participación telemática sea comunitaria en la medida de lo posible, habilitando la conexión en algún salón o aula de las parroquias.

Estamos en proceso de retomar la actividad completa de la Adoración Nocturna, de recuperar aquello que nos es más propio: adorar a Jesús, presente en la Eucaristía, en las horas de la noche. Después de largos meses sin poder celebrar nuestro carisma, es momento de reflexionar, revisar, realimentar este espíritu adorador que debe ser ahora más fuerte que nunca. Por eso es fundamental la participación de todos. ■

OS ESPERAMOS

Apostolado de la oración

Intenciones del Papa para el mes de noviembre 2021

Intención universal – *Las personas que sufren de depresión*

Recemos para que las personas, que sufren de depresión o agotamiento extremo, reciban apoyo de todos y una luz que les abra a la vida. ■

☞ • *Necrológicas* • ☞

- **D. José López Calvo**, Adorador veterano constante de asistencia ejemplar del Turno 14, San Hermenegildo. Fue fundador y primer director del Coro de la Adoración Nocturna Española de Madrid.
- **Dña Amalia Castellón Mariñosa**, Adoradora del Turno 56, San Fernando.
- **D. Miguel Ángel González Cruz**, Adorador del Turno 56, San Fernando.

¡Dales, Señor, el descanso eterno!

Parábola de las diez vírgenes

Mt 25, 1-13

Entonces se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se provieron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuizas de aceite con las lámparas.

El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron.

A medianoche se oyó una voz:

“¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”.

Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes:

“Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”.

Pero las prudentes contestaron:

“Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”.

Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta.

Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo:

“Señor, señor, ábrenos”.

Pero él respondió:

“En verdad os digo que no os conozco”.

Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora

Con el pasar de los días nos vamos adentrando en el otoño, una estación llena de contrastes: por un lado, el maravilloso espectáculo de colores que ofrecen los bosques donde hay árboles de hoja caduca, así como la maravilla de los frutos propios de esta época: castañas, manzanas, membrillos, granadas, etc.; y, por otro, la melancolía que produce el que las horas de sol sean cada vez menos y haya más días lluviosos

y de niebla, y también el ver cómo caen las hojas de los árboles y los campos quedan como desnudos. No es de extrañar que sea una época propicia para la nostalgia.

Sin embargo, pastoralmente es un momento en el que hay que estar bien despiertos y animados, pues todas las actividades ya están en marcha y funcionando con la normalidad que en estos momentos

nos es posible y nos permite la situación de la pandemia.

Igualmente, este mes de noviembre es en el que el año litúrgico llega a su fin y comienza otro nuevo. Justo en estos momentos es cuando la liturgia de la Palabra nos habla de que el Señor está cerca y nos invita a estar preparados para recibirlo.

Así, pues, dadas todas estas circunstancias, volvemos a reconocer lo providente que resulta la parábola que fue asignada para el presente mes: *las diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo*.

Aunque el tema de la parábola —ser previsores y estar preparados para la venida del Señor— es común en los evangelios sinópticos, el modo como está narrada, los personajes que aparecen, los hechos que se cuentan y otros muchos detalles son muy propios y únicos del evangelio de san Mateo.

En el conjunto general de este evangelio, la parábola está dentro del quinto y último discurso de Jesús. Un discurso que tiene como hilo conductor la venida del Hijo del Hombre, y que, según los comentaristas, tiene dos partes, una primera en la que se nos habla del hecho en sí de la venida del Señor y de su cercanía (24,1-35) y una segunda en la que, mediante diferentes parábolas de las pronunciadas por Jesús, el evangelista invita a los creyentes a estar preparados (24,36-44), a esperar el regreso del amo de la casa manteniendo una conducta adecuada (24,45-51), a ser previsores (25,1-13), a ser diligentes y trabajar mientras vuelve el Señor (25,14-30) y a tener claro cuál será el criterio por el que seremos juzgados cuando llegue el Hijo del Hombre y se sienta en el trono de su gloria (25,31-46).

Lo propio y más singular de esta parábola no es, pues, la cuestión de la espera y del estar en vela y bien despiertos (que claramente aparece en el último versículo); ni tampoco



la necesidad de trabajar y hacer fructificar los talentos, ya que aquí las diez doncellas se duermen; ni mucho menos es el tema de la caridad con el prójimo necesitado, tan importante en la parábola del juicio final, ya que, en esta otra, las vírgenes prudentes ni por asomo se plantean el compartir su aceite con las necias. Lo propio de esta parábola es la llamada a ser suficientemente previsores para que, cuando en medio de la noche se oiga el grito: «¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!», inmediatamente podamos hacer como las vírgenes prudentes, o sea, avivar la llama de nuestra lámpara, ya que no habrá tiempo para otra cosa ni margen para ninguna otra maniobra. La parábola deja muy claro que, una vez que se haya dado el aviso, no cabe esperar que sea otro el que me resuelva el problema, dándome de su aceite; ni tampoco es el momento de ir a la ciudad a comprarlo; la provisión de aceite hay que hacerla antes.

Al igual que con cada pasaje evangélico, además de acoger la parábola que Jesús contó en su momento, también es necesario atender y aprender del contexto vital en el que la comunidad de Mateo la escuchó. Los entendidos indican que aquellos primeros cristianos que el día de su bautismo habían recibido una lámpara encendida y a los que se invitó a mantenerla así para cuando llegara el Esposo, seguramente empezaban a sentir que Éste se retrasaba, y ¡se retrasaba mucho! Tanto que el sueño los estaba venciendo a todos. De ahí la necesidad de distinguir entre los que habían sido prudentes y, además de las lámparas, llevaban alcuza con aceite de repuesto por si acaso, y los que ni siquiera se lo plantearon, pensando que, con el aceite que había en la lámpara, habría más que suficiente para esperar al esposo.

En el camino de la fe, como en la vida en general, conviene ser previsores, pues no *sabemos ni el día ni la hora*, y la espera puede ser muy larga. Los cristianos no podemos conformarnos con la fe inicial, la recibida de nuestros padres y en la catequesis de nuestros años infantiles y juveniles. La vida da muchas vueltas y tiene muchos vericuetos, y en más de una ocasión nos puede asaltar el cansancio, el aburrimiento y el sueño. Por eso, además del aceite que pusimos en la lámpara al recibir la fe, tenemos que tener la alcuza llena, porque seguro que la vamos a necesitar. Necesitamos una fe personal; una fe que no podemos pedir prestada a otros y que tampoco se compra en una tienda en el último momento. Para que, cuando venga el Señor, podamos entrar en el banquete, lo más prudente es llevar, además de la lámpara, también la alcuza llena de aceite. Si el esposo llega y comienza el convite, la puerta se cerrará; y el que no esté dentro, por mucho que luego la aporree y suplique que le abran, no conseguirá nada, se quedará fuera.

Por todo ello, le pedimos al Señor que, ahora que ya el curso pastoral está rodando con cierta normalidad; ahora que se acerca el final del año litúrgico y que está a punto de comenzar el nuevo, aprendamos de las vírgenes prudentes y llenemos bien nuestras alcuza, de modo que, aunque pasemos por algún otoño espiritual, la venida del Esposo nos encuentre con aceite suficiente para que, en el momento oportuno, sin demora alguna, podamos avivar la llama de nuestra lámpara y acogamos al Esposo como conviene, con nuestra lámpara bien encendida.

¡Feliz mes de noviembre! ¡Feliz fin del año litúrgico, feliz comienzo del nuevo! ■

Carlos Aguilar Grande

DÍA 1 DE NOVIEMBRE

Solemnidad de todos los santos

Aconseja el Kempis que no discutamos sobre cuál es el mayor de los Santos. Ya dijo Jesús que Juan Bautista era el mayor entre los nacidos de mujer —por su tarea, por su misión— pero, aun así, añadió que el más pequeño en el reino de los cielos es, puede ser, mayor que Juan. Pues será más santo el que tenga más amor, el que se deje poseer más por Dios. Y eso solo Dios lo sabe.

El Apocalipsis nos dice que son innumerables los santos, los marcados con el sello de Dios en sus frentes: doce mil de cada una de las doce tribus de Israel. Estas doce tribus representan a la Iglesia, a todo el pueblo de Dios. Y en cuanto a los números, el doce se interpreta como plenitud, y el mil como solidez. El mismo autor sagrado dice que se trataba de una muchedumbre ingente de toda nación, pueblos y tribus.

Efectivamente. Son incontables los santos y santas canonizados, que han merecido el honor de los altares. Pero los santos canonizados no son más que una mínima parte de los siervos y siervas de Dios, que con la ayuda

de la gracia divina supieron ser fieles y practicaron la virtud en grado heroico.

Es la confirmación de la vocación universal a la santidad de que nos habla Jesús mismo cuando dice: Sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial. (Mateo 5:48)

Pero ¿qué hacer con los santos anónimos, que no han recibido el reconocimiento oficial de la Iglesia? La Iglesia no los olvida. Este es el sentido de la fiesta de hoy: celebrar solemnemente a todos los santos que no figuran en el calendario. Ellos están ante Dios y ruegan por nosotros. En el cementerio de Arlington, de Washington, junto a la tumba del presidente Kennedy, hay un monumento al Soldado Desconocido, con esta hermosa coletilla: desconocido, «but not to God», pero no para Dios.

Era una costumbre ya de los paganos. Los griegos y romanos tenían dioses para todas las actividades y profesiones. No querían que ningún dios se quedara sin templo. Así, Agripa, veintisiete años antes de



Cristo, construyó en Roma el Panteón, dedicado a Augusto y a todas las deidades romanas. El Panteón lo bautizó luego el Papa Bonifacio IV con el nombre de Santa María y de todos los mártires. Más tarde, en el siglo IX, el Papa Gregorio IV mandó que se celebrara en toda la Iglesia la fiesta de Todos los Santos, para que ninguno quedase sin la debida veneración.

Una vez un catequista preguntó a un niño qué era un santo. El niño, antes, estando un día en la iglesia, preguntó a su mamá qué eran aquellas figuras que veía en las vidrieras de la iglesia y que brillaban tanto cuando salía el sol. Su mamá le había dicho

que eran santos. Y ahora el niño contestó al catequista con rapidez y precisión: Un santo es un hombre por donde pasa la luz. Preciosa definición.

Eso son los santos: seres transparentes, espejos de la luz de Dios, que se purifican constantemente para captarla mejor y reflejarla más perfectamente. Esos son los santos: los grandes amigos de Dios.

San Bernardo nos enseña cómo celebrar la fiesta de Todos los Santos: «la veneración de su memoria redundará en provecho nuestro, no suyo. En cuanto a mí, confieso que, al pensar en ellos, se enciende en mí un fuerte deseo».

LA FE Y EL SÍMBOLO (I)

Catequesis pronunciada en Jerusalén, sobre «la fe». El punto de partida es Heb 11, 1-2: «La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven. Por ella fueron alabados nuestros mayores».

El paso del orden de los catecúmenos al de los fieles

La grandeza de la dignidad que Dios os ha otorgado al haceros pasar del orden de los catecúmenos al de los fieles la expresa el apóstol Pablo al decir: «Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a la comunión con su hijo Jesucristo» (1 Cor 1, 9). Pero, si a Dios se le llama «fiel», también tú recibes este calificativo al haber crecido en dignidad. Pues así como a Dios se le llama bueno, justo, omnipotente (además de señor de todo) y creador de todas las cosas, también se le llama «fiel». Piensa, por tanto, a qué dignidad eres promovido, puesto que habrás de participar de este apelativo divino.

Aquí se busca si hay alguno entre vosotros que ya sea fiel en lo íntimo de su conciencia. Pues, «un hombre fiel, ¿quién lo encontrará?» (Prov 20, 6). No se trata de que me descubras tu conciencia, pues has de ser juzgado en circunstancias humanas, sino de que muestres la sinceridad de tu fe al Dios que escruta los riñones y los corazones (cf. Sal 7, 10) y «conoce los pensamientos del hombre» (Sal 94, 13). Gran cosa es ciertamente un hombre fiel, y es más rico que todos los ricos aunque se encuentre privado de todas las riquezas, y todo ello precisamente por el hecho de despreciarlas. Pues los que son ricos en lo exterior, aunque posean muchas cosas,

son torturados por su pobreza interior: cuantas más cosas reúnen, más les mortifica el deseo de poseer lo que les falta. Pero el hombre fiel —y esto es lo más admirable— es rico en su pobreza sabiendo que lo único necesario es vestirse y alimentarse y, contento con ello (1 Tim 6, 8), desprecia las riquezas.

La fe genera comunión y confianza y es expresión de ellas

Tampoco hay que pensar que el prestigio de la fe solo se da entre quienes nos amparamos bajo el nombre de Cristo, sino que todo lo que se hace en el mundo, incluso por parte de quienes están lejos de la Iglesia, queda penetrado por la fe. Por medio de una fe, dos personas extrañas se unen por las leyes nupciales; personas ajenas una a otra entran en la comunión de cuerpos y bienes mediante la fe que se hace presente en el contrato matrimonial. También en una cierta fe se apoya el trabajo agrícola, pues no comienza a trabajar quien no tenga esperanza de recibir frutos. Con fe recorren los hombres el mar cuando, confiando en un pequeño leño, cambian la solidez de la tierra por la agitación de las olas, entregándose a inciertas esperanzas y mostrando una confianza más segura que cualquier áncora. En la confianza, finalmente, se apoyan los negocios de los hombres, y esto

no sólo sucede entre nosotros, sino también, como se ha dicho, entre quienes son ajenos a lo nuestro. Pues, aunque no aceptan las Escrituras, tienen doctrinas propias que aceptan con confianza.

Fuerza de la fe en situaciones diversas

A la verdadera fe os llama también la lectura de hoy indicándoos el camino por el que podéis agradar a Dios, pues señala que «sin fe es imposible agradarle» (Heb 11, 6). Pero, ¿cómo se resolverá el hombre a servir a Dios si no cree en él como remunerador? ¿Cómo mantendrá una muchacha su propósito de virginidad o será casto un joven si no creen en la corona inmarcesible de la castidad? La fe es el ojo que ilumina toda la conciencia y favorece la intelección, pues dice el profeta: «Si no creéis, no entenderéis». La fe, según Daniel, cierra la boca de los leones (cf. Heb 11, 33), pues de él dice la Escritura: «Sacaron a Daniel del foso y no se le encontró herida alguna, porque había confiado en su Dios» (Dn 6, 24).

¿Hay acaso algo más terrible que el diablo? Pues contra él no tenemos otra clase de armas que la fe (cf. 1 Pe 5, 9): un escudo incorpóreo frente a un enemigo invisible, que lanza múltiples venablos y acribilla con saetas a quienes, en la noche oscura, no están vigilantes. Pero, aunque reine la oscuridad y el enemigo no esté a la vista, tenemos como armadura la fe, como dice el Apóstol: «embrazando siempre el escudo de la fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno» (El 6,16). A menudo lanza el diablo el dardo encendido del deseo voluptuoso, pero la fe lo extingue iluminando nuestro juicio y aligerando nuestra mente.

La fe en la historia de Abraham, Padre de las naciones

Muy ampliamente podría hablarse de la fe y nunca habría tiempo suficiente para terminar de hablar de ella. Pero, de las figuras de la antigua Ley, nos bastará con Abraham, puesto que hemos sido adoptados como hijos también por su fe (cf. Rom 4, 11 b). El no fue justificado sólo por sus obras, sino también por su fe (Sant 2, 24; cf. 2, 14-26). Pues había hecho muchas cosas correctamente, pero nunca había sido llamado «amigo de Dios» hasta después de que creyó, y toda su actuación alcanzó su consumación mediante la fe. Por la fe abandonó a sus parientes; por la fe dejó patria, región y casa (Heb 11, 8-10). Y, como él fue justificado, también tú serás justificado. Su cuerpo estaba ya agotado, pero así habría de recibir posteriormente hijos: siendo él mismo anciano, tenía una esposa anciana, Sara, pero ya sin esperanza de hijos. Pues bien, es a este anciano a quien Dios promete una futura prole. Pero él «no vaciló en su fe al considerar su cuerpo ya sin vigor» (Rm 4, 19), sino que atendió al poder del que se lo prometía, «pues tuvo como digno de fe al que se lo había asegurado» (Heb 11, 11). Por ello, como de unos cuerpos muertos y en contra de lo pensado, recibió un hijo (cf. Heb 11, 12; Rom 4, 18-22). Después, al recibir la orden de ofrecer el hijo recibido (Gén 22), a pesar de que había oído aquello de «por Isaac llevará tu nombre una descendencia» (Gén 21, 12b), ofreció a su hijo único a Dios, pues «pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos» (Heb 11, 19). Y después de haber atado a su hijo y colocarlo sobre la leña, lo sacrificó ciertamente en su voluntad, pero recobró vivo a su hijo por la bondad de Dios que en el mismo lugar puso



un cordero que sustituyera a su hijo. Y así, teniendo verdaderamente fe, «recibió la señal de la circuncisión como sello de la justicia de la fe que poseía siendo incircunciso» (Rm 4, 11, que utiliza Gén 17, 11), una vez aceptada la promesa de que se convertiría en padre de muchas naciones (cf. Gén 12, 2-3); 15,5,18; 17,5; Rom 4, 11).

Veamos ahora cómo Abraham fue padre de muchas naciones. Claramente lo es de los judíos, según la descendencia de la carne. Pero si, al explicar la profecía, atendiéramos a la descendencia carnal, nos veríamos obligados a entender equivocadamente el oráculo; pues no es, según la carne, padre de todos nosotros. Sin embargo, el ejemplo de su fe nos hizo a todos hijos de Abraham (cf. Rom 4, 12). ¿Por qué así? Entre los hombres es increíble que alguien resucite de entre los muertos, del mismo modo que es igualmente increíble que brote descendencia de un seno estéril. Pero cuando se anuncia que Cristo, que fue crucificado en el madero, resucitó de entre los muertos, lo creemos. Por la semejanza de la fe llegamos a ser hijos adoptivos de Abraham. Y entonces, después de la fe, recibimos el sello espiritual. Somos circuncidados en el lavatorio por medio del Espíritu Santo, pero no en el prepucio sino en el corazón, según lo que afirma Jeremías: «Circuncidaos para

Yahvé y extirpad los prepucios de vuestros corazones» (Jer 4, 4) o, según el Apóstol, de quien son estas expresiones: «Por la circuncisión en Cristo... Sepultados con él en el bautismo» (Col 2, 11-12), etc.

De nuevo, la fuerza de la fe

Si guardamos esta fe, nos veremos libres de la condenación y adornados de todo género de virtudes. Pues la fe tiene poder para mantener a los hombres andando sobre las aguas. Pedro era un hombre semejante a nosotros, formado de carne y sangre y que se alimentaba con los mismos alimentos. Pero cuando Jesús le dijo: «Ven», por la fe «se puso a caminar sobre las aguas» (Mt 14, 29-31), teniendo sobre ellas en la fe un cimiento más firme que cualquier otro; el peso del cuerpo era suprimido por la agilidad de la fe. Y mientras creyó, anduvo con paso firme sobre las aguas; pero cuando dudó, comenzó a hundirse (14, 30). Al alejarse y disminuir poco a poco la fe, era arrastrado hacia el fondo. Cuando Jesús se dio cuenta de la dificultad, él, que es capaz de curar las aflicciones íntimas del alma, exclamó: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» (14, 31). Y con la fuerza de él, que le cogió la mano derecha, con lo que recobró la fe, llevado de esta mano por el Señor, continuó como antes andando sobre las aguas. Indirectamente habla de esto último el Evangelio cuando señala: «Subieron a la barca...» (14, 32). No dice que Pedro subiera después de nadar, sino que nos insinúa que el espacio que recorrió hasta Jesús lo hizo andando y, tras recorrerlo de nuevo, subió a la barca. ■

San Cirilo de Jerusalén
Obispo y Doctor de la Iglesia
Catequesis V

LOS FIELES DIFUNTOS



«Nos disponemos a celebrar la Eucaristía en este lugar sagrado, en el que están sepultados los restos mortales de vuestros difuntos, queridos hermanos y hermanas de Madrid. Aquí reposan personas que han tenido un significado determinante en vuestra existencia. Muchos de vosotros tenéis quizás aquí parientes muy cercanos, acaso los mismos padres de los que habéis recibido la vida. Ellos vuelven en este momento a la memoria de cada uno, emergiendo del pasado, como con el deseo de reanudar un diálogo que la muerte interrumpió bruscamente. Así, en este cementerio de la “Almudena” —como sucede hoy, día de los Difuntos, en los otros cementerios cristianos de cualquier parte del mundo— se forma una admirable asamblea,

en la que los vivos encuentran a sus difuntos, y con ellos consolidan los vínculos de una comunión que la muerte no ha podido romper.

Comunión real, no ilusoria. Garantizada por Cristo, el cual ha querido vivir en su carne la experiencia de nuestra muerte, para triunfar sobre ella, incluso con ventaja para nosotros, con el acontecimiento prodigioso de la resurrección. “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado”. El anuncio de los Ángeles, proclamado en aquella mañana de Pascua junto al sepulcro vacío, ha llegado a través de los siglos hasta nosotros. Ese anuncio nos propone, también en esta asamblea litúrgica, el motivo esencial de nuestra esperanza. En efecto,

“si hemos muerto con Cristo —nos recuerda San Pablo, aludiendo a lo que ha tenido lugar en el bautismo— creemos que también viviremos con El”.

Corroborados en esta certeza, elevamos al cielo —aun entre las tumbas de un cementerio— el canto gozoso del Aleluya, que es el canto de la victoria. Nuestros difuntos “viven con Cristo”, después de haber sido sepultados con El en la muerte. Para ellos el tiempo de la prueba ha terminado, dejando el puesto al tiempo de la recompensa. Por esto —a pesar de la sombra de tristeza provocada por la nostalgia de su presencia visible— nos alegramos al saber que han llegado ya a la serenidad de la “patria”.

Sin embargo, como también ellos han sido partícipes de la fragilidad propia

de todo ser humano, sentimos el deber —que es a la vez una necesidad del corazón— de ofrecerles la ayuda afectuosa de nuestra oración, a fin de que cualquier eventual residuo de debilidad humana, que todavía pudiera retrasar su encuentro feliz con Dios, sea definitivamente borrado. Con esta intención vamos a celebrar ahora la Eucaristía por todos los difuntos que reposan en este cementerio, incluyendo también en nuestro sufragio a los difuntos de los cementerios de Madrid y de España entera, así como los de todas las naciones del mundo.» ■

SAN JUAN PABLO II

*Misa para los difuntos
en el cementerio de la Almudena
Madrid, 2 de noviembre de 1982*



Noviembre 2021

MANUAL, pág. XXXI V. Adorado sea el Santísimo Sacramento...

Reflexiones que nos animen y ayuden a encontrarnos con Jesús Sacramentado y descansar en su Corazón, viviendo la Comunión de los Santos y pidiendo por las Almas del Purgatorio, como lo hacía y aconsejaba el Venerable Trelles.

TODOS LOS SANTOS

Apocalipsis 7,9 *«Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos».*

San Juan Pablo II, 5 de noviembre de 1989: *«La muerte forma parte de la condición humana: es el momento terminal de la fase histórica de la vida. En la concepción cristiana, la muerte es un paso: de la luz creada a la luz increada, de la vida temporal a la vida eterna. Ahora bien, si el Corazón de Cristo es la fuente de la que el cristiano recibe luz y energía para vivir como hijo de Dios, ¿a qué otra fuente se dirige para sacar la fuerza necesaria para morir de modo coherente con su fe? Como “vive en Cristo”, así no puede menos que “morir en Cristo”. Significa cerrar los ojos a la luz de este mundo en la paz, en la amistad, en la comunión con Jesús; en aquella hora suprema, el cristiano sabe que, aunque el corazón le reproche algunas culpas, el Corazón de Cristo es más grande que el suyo y puede borrar toda su deuda si él está arrepentido (1 Jn 3,20).*

La Virgen estuvo junto a la cruz de su Hijo; como madre está al lado de sus hijos moribundos, Ella que, con el sacrificio de su corazón, cooperó a engendrarlos a la vida de la gracia (Lumen Gentium, 53) está al lado de ellos, presencia compasiva y materna, para que del sufrimiento de la muerte nazcan a la vida de la gloria».

Así vivía Teresa del Niño Jesús la Comunión de los Santos, «Cuaderno amarillo»

15.7.5: *«Sor María de la Eucaristía quería encender las velas para una procesión; no tenía cerillas, pero al ver la lamparilla que arde ante las reliquias, se acercó. ¡Ay, la encontró medio apagada, no quedaba más que un débil destello sobre la mecha carbonizada! No obstante, consiguió encender su vela, y con la suya fueron encendidas todas las de la comunidad. Fue, pues, aquella lamparilla medio apagada la que produjo aquellas hermosas llamas, las cuales, a su vez, hubieran podido producir infinitas otras, y hasta incendiar el universo. Sin embargo, siempre se debería a la lamparilla la causa primera del incendio. ¿Cómo podrían las hermosas llamas, sabiendo esto, gloriarse de haber provocado semejante incendio, cuando ellas mismas recibieron el fuego de la centellica?...*

Pasa lo mismo con la comunión de los santos. *Con frecuencia, sin que nosotros lo sepamos, las gracias y las luces que recibimos se deben a un alma escondida, porque Dios quiere que los santos se comuniquen los unos a los otros la gracia mediante la oración, a fin de que en el cielo se amen con gran amor,*

con un amor mucho más grande aún que el de la familia, aunque se trate de la familia más ideal de la tierra. ¡Cuántas veces he pensado si no podría yo deber todas las gracias que he recibido a las oraciones de un alma que haya pedido por mí a Dios y a quien no conoceré más que en el cielo!

Sí, una centellica podrá hacer brotar grandes lumbreras en toda la Iglesia, como los doctores y los mártires, que estarán, sin duda, muy por encima de ella en el cielo. ¿Pero quién podría afirmar que la gloria de aquellos no se convertirá en la suya propia?

En el cielo no habrá miradas de indiferencia, porque todos los elegidos reconocerán que se deben mutuamente las gracias que les han merecido la corona.

San Manuel González. Obras Completas 1085 «Padres, madres, hermanos, hermanas y amigos buenos, cuando lloréis los extraviados que acusan la presencia del demonio en el alma de vuestros seres queridos sabed que el

Jesús callado del Sagrario tiene poder sobre todos los demonios y espera vuestra oración».

Imitación de Cristo L.1, 23,4: *¡Qué bienaventurado y prudente es el que vive de tal modo cual desea le halle Dios en la muerte!*

La Senda Eucarística, p. 268,271,291:
«La comunión de los santos se deriva, no sólo por consecuencia lógica del dogma de que la santa Iglesia es un cuerpo místico cuya Cabeza es Cristo y que así como los miembros se unen a la cabeza, así estos viven de Cristo so pena de ser un sarmiento sin jugo de la vid espiritual, porque la vid es Cristo como dice el Evangelio; sino que también los miembros forman entre sí una sola organización de nuestras afinidades que concurren a crear una especie de atmósfera que se exhala de los actos y méritos de todos los individuos de las tres iglesias, triunfante, purgante y militante, siendo la base fundamental de aquella creencia la comunión sacramental» ■

Promesas del Corazón de Jesús a Santa Margarita M.^a de Alacoque:

Amemos a este único amor de nuestras almas, porque Él nos amó primero, y todavía nos ama con tanto ardor que se consume de continuo en el Santísimo Sacramento.

Preguntas breves

- ¿Tengo presentes en las vigalias, como el Venerable, a las almas del Purgatorio?
- ¿Encomiendo con frecuencia a los fieles difuntos, viviendo la comunión de los santos?
- ¿Pienso en la bienaventuranza eterna y hablo de ella con esperanza gozosa?

Oración a San José, abogado de la buena muerte

¡Oh José, Custodio amante de Jesús y de María, enséñame a vivir siempre en tan dulce compañía! Sé mi maestro y mi guía en la vida de oración;

dame paciencia, alegría y humildad de corazón. No me falte en este día tu amorosa protección, ni en mi última agonía tu piadosa intercesión.

La Eucaristía, misterio que se ha de vivir

Así titula Benedicto XVI a la III parte de su Exhortación Apostólica **Sacramentum Caritatis**. Antes nos ha hablado de la Eucaristía como **misterio que se ha de creer** (parte I) y como misterio que se ha de celebrar (parte II). Sigue así el esquema lógico del Catecismo de la Iglesia Católica: la profesión de fe, la celebración del misterio cristiano, la vida en Cristo.

El cristianismo no es una simple moral, unas normas de comportamiento. Es primordialmente una fe en un Dios Uno y Trino y de esa fe se sigue, en consecuencia, un comportamiento, una respuesta del hombre a un Dios que por amor nos ha creado para hacernos partícipes de su vida.

Esto nos puede resultar obvio o muy sabido. Pero es importante reafirmarlo cuando, a veces, se puede reducir el cristianismo o cualquier otra religión a una **mera ética**, fruto de circunstancias o decisiones humanas y si son «democráticas», tanto mejor.

Pero lo importante para quienes creemos en Cristo y en su Palabra, para quienes proclamamos y celebramos el amor del Padre que se manifiesta y se comunica en Jesús, lo importante es que esa fe se **llegue a hacer vida**.



Nos recuerda el Papa que las palabras de Jesús «el que come mi carne vivirá por mí» (Jn 6, 57) nos permiten comprender «cómo el misterio “creído” y “celebrado” contiene en sí un dinamismo que hace de él principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana» (núm. 70). «El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida cristiana transformándolos» (71) y está la hermosa frase de S. Ignacio de Antioquia, quien nos dice que los cristianos eran los que vivían «*justa dominicam vivientes*», **los que vivían según el domingo**. La Eucaristía dominical orientaba toda la vida de los fieles. En esa vida, destaca el Papa la importancia del domingo y la conexión con otros aspectos de la vida: la espiritualidad, las culturas y la profunda influencia de la Eucaristía en la vida sacerdotal y en la vida consagrada. ■

La Lámpara del Santuario
Nº 27, Tercera Época

La alegría de ser cristiano

Misteriosamente, Cristo mismo, para desarraigar del corazón del hombre el pecado de suficiencia y manifestar al Padre una obediencia filial y completa, acepta morir a manos de los impíos, morir sobre una Cruz. Pero el Padre no permitió que la muerte lo retuviese en su poder. La Resurrección es el sello puesto por el Padre sobre el valor del sacrificio de su Hijo; es la prueba de la fidelidad del Padre, según el deseo formulado por Jesús antes de entrar en su pasión: "Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique". Desde entonces Jesús vive par a siempre en la gloria del Padre y por esto mismo los discípulos se sintieron arrebatados por una alegría impercedera al ver al Señor, el día Pascua.

Sucede que, aquí abajo, la alegría del Reino, hecha realidad, no puede brotar más que de la celebración conjunta de la muerte y resurrección del Señor. Es la paradoja de la condición cristiana que esclarece singularmente la de la condición humana: ni las pruebas, ni los sufrimientos quedan eliminados de este mundo, sino que adquieren un nuevo sentido, ante la certeza de compartir la redención llevada a cabo por el Señor y de participar en su gloria. Por eso el Cristiano, sometido a las



dificultades de la existencia común, no queda sin embargo reducido a buscar su camino tientes, ni ver en la muerte el fin de sus esperanzas. En efecto, como ya lo anunciaba el profeta: «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierra de sombras y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste gozo». El *Exultet* pascual canta

un misterio realizado por encima de las esperanzas proféticas: en el anuncio gozoso de la resurrección, la pena misma del hombre se halla transfigurada, mientras que la plenitud de la alegría surge de la victoria del Crucificado, de su Corazón traspasado, de su Cuerpo glorificado y esclarece las tinieblas de las almas»: «*et nox illuminatio mea in deliciis meis*».

La alegría pascual no es solamente la de una transfiguración posible: es la de una nueva presencia de Cristo resucitado, dispensando a los suyos el Espíritu, para que habite en ellos. Así el Espíritu Paráclito es dado a la Iglesia como principio inagotable de su alegría de esposa de Cristo glorificado. Él lo envía de nuevo para recordar, mediante el ministerio de gracia y de verdad ejercido por los sucesores de los Apóstoles, la enseñanza misma del Señor.

Él suscito en la Iglesia la vida divina y el apostolado. Y el Cristiano sabe que este Espíritu no se extinguirá jamás en el curso de la historia. La fuente de esperanza manifestada en Pentecostés no se agotará.

El Espíritu que procede del Padre y del Hijo, de quienes es el amor mutuo viviente, es pues comunicado al pueblo de la Nueva Alianza y a cada alma que se muestre disponible a su acción íntima: Él hace de nosotros su morada, dulce huésped del alma. Con Él habitan en el corazón del hombre el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo suscita en el corazón humano una plegaria filial impregnada de acción de gracias, que brota de lo íntimo del alma, en la oración y se expresa en la alabanza, la acción de gracias, la reparación y la súplica. Entonces gustar la alegría propiamente espiritual que es fruto del Espíritu Santo: consiste esta alegría en que el espíritu humano halla reposo en una satisfacción íntima en la posesión del Dios Trino, conocido por la fe y amado con la caridad que proviene de Él. Esta alegría caracteriza por tanto todas las virtudes cristianas. Las pequeñas alegrías humanas que constituyen en nuestra vida como la semilla de una realidad más alta, queden transfiguradas. Está alegría espiritual, aquí abajo, incluirá siempre en alguna medida la dolorosa prueba de la mujer en trance de dar a luz y un cierto abandono aparente, parecido al del huérfano: lágrimas y gemidos, mientras que el mundo hará alarde de satisfacción, falsa en realidad. Pero la tristeza de los discípulos, que es según Dios y no según el mundo, se trocará pronto en una alegría espiritual que nadie podrá arrebatarles.

He ahí el estatuto de la existencia cristiana y muy en particular de la vida apostólica. Está, al estar animada por un amor apremiante del Señor y de los hermanos, se desenvuelve necesariamente bajo el signo del sacrificio pascual, yendo por amor a la muerte y por la muerte a la vida y al amor. De ahí la condición del cristiano, y en primer lugar del apóstol, que debe convertirse en el «modelo del rebaño» y asociarse libremente a la pasión del Redentor. Ella corresponde de este modo a lo que había sido definido en el Evangelio como la ley de la bienaventuranza cristiana en continuidad con el destino de los profetas: «dichosos vosotros si os insultan, os persiguen y os calumnian de cualquier modo por causa mía. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos: fue así como persiguieron a los profetas qué os han precedido».

Desafortunadamente no nos faltan ocasiones para comprobar, en nuestro siglo tan amenazado por la ilusión del falso bienestar, la incapacidad «síquica» del hombre para acoger «lo que es del Espíritu de Dios: es una locura y no lo puede conocer, porque es con el Espíritu cómo hay que juzgarla». El mundo —que es incapaz de recibir el Espíritu de verdad, que no ve ni conoce— no percibe más que una cara de las cosas. Considera solamente la aflicción y la pobreza del espíritu, mientras esté en lo más profundo de sí mismo, siente siempre alegría porque está en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. ■

S. Pablo VI

*Exhortación apostólica
Gaudete in Domino*

Señor, buscamos tu Rostro

Salmo 27

1 De David.

El Señor es mi luz y mi salvación: ¿A quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida: ¿Ante quién puedo temblar?

2 Cuando me asaltan los malhechores para devorar mi carne, ellos, enemigos y adversarios, tropiezan y caen.

3 ¡Que acampe un ejército contra mí! ¡Mi corazón no temblará! ¡Que me declaren la guerra! ¡Yo seguiré confiando!

4 Una cosa pido al Señor, y solo eso es lo que busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gozar de la dulzura del Señor y contemplar su templo.

5 Pues él me esconde en su cabaña en el día de la desgracia; me oculta en lo escondido de su tienda, y me alza sobre una roca.

6 Ahora levanto la cabeza sobre el enemigo que me cerca. En la tienda del Señor voy a ofrecer sacrificios de aclamación. ¡Voy a cantar y a tocar en honor del Señor!

7 ¡Escucha, Señor, mi grito de súplica, ten piedad, respóndeme!

8 Oigo en mi corazón: «¡Buscad mi rostro!» - Tu rostro es lo que busco, Señor.

9 No me escondas tu rostro. ¡No rechaces con ira a tu siervo, pues tú eres mi auxilio! ¡No me dejes, no me abandones, Dios, mi salvador!

10 Mi Padre y mi madre me han abandonado. Pero el Señor me ha recogido.

11 ¡Señor, enséñame tu camino! ¡Guíame por la senda llana, pues me están acechando!

12 No me entregues al capricho de mis adversarios, porque se levantan contra mis testigos falsos, que respiran violencia.

13 Espero ver la bondad del Señor en la tierra de los vivos

14 ¡Espera en el Señor, mantente firme! ¡Ten ánimo y confía en el Señor!

En el salmo anterior oíamos al autor exclamar desde lo más profundo de su alma: «Señor, yo amo la belleza de tu casa» En el salmo de hoy, que podríamos decir que es una continuación del anterior, el Espíritu Santo pone estas palabras en la boca de nuestro salmista: «Una cosa pido al Señor, y solo eso es lo que busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida, para gozar de la dulzura del Señor».

Vemos a este hombre no solo con el deseo de una contemplación estática de la belleza del Templo que como vimos en el salmo

anterior, personifica el Rostro de Dios; sino que, con una actitud activa, el salmista desea vivamente vivir con Dios y saborear su dulzura. para que no quepa la menor duda de la interpretación del salmo, fijémonos en las palabras de su autor: «Y solo eso es lo que busco...». Efectivamente, busca la comunión con el mismo Dios.

¿Cómo puede un hombre mantener y llevar adelante estos deseos e impulsos cuando a veces tenemos la impresión de que Dios no aparece por ninguna parte, cuando miramos dentro y fuera de nosotros mismos y

solo percibimos su angustiante ausencia? ¿Cómo avivar la esperanza cuando lo único que experimentamos de Dios es que nos ha abandonado, que se ha despreocupado de nosotros? ¿Hay algún motivo para seguir confiando, para orientar nuestra vida en una búsqueda aparentemente inútil?

Dios responde a nuestro ser tentado, por medio de su propio Hijo: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamar y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca halla, y al que llama se le abrirá» (Mt 7,7-8). este es nuestro Dios, al que a veces podemos considerar sordo, ciego e insensible ante nuestros dramas, viene en nuestra búsqueda, viene en nuestro rescate bajo la figura del Buen Pastor. Dice Jesús: «Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, nadie las arrebatará de mi mano» (Jn 10, 27-28).

esta voz es el Evangelio proclamado por Jesús; quien lo escucha saborea la dulzura de Dios como pedía el salmista y así nos lo atestigua él mismo en el libro del apocalipsis: «mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). Dios mismo entra en comunión con el hombre traspasando infinitamente los deseos del salmista.

Inmensurable la promesa de Dios, inmensurable también nuestra precariedad. Pero aún en esta pobreza, aun cuando en la tentación bajemos a lo profundo de nuestros abismos, siempre queda, por muy débil que sea, el grito de nuestro propio corazón insatisfecho. Como dice San Agustín: «nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón no reposará hasta que descanse en ti». esta insatisfacción profunda es, aún sin saberlo conscientemente, el grito que alcanza a Dios. Continuemos

con el salmo: «escucha, Señor, mi grito de súplica, ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: “¿Buscad mi rostro!”. Tu rostro es lo que busco, Señor».

Sean cuales sean los caminos por donde ha sido llevado un hombre y, por muy débil e imperceptible que sea el grito de su corazón... Dios lo oye, actúa y salva. No es en nuestros méritos, sino en las infinitas y misericordiosas entrañas de Dios, donde se apoya nuestra esperanza. Por eso escuchamos en el profeta Isaías una de las características que van a definir al Hijo de Dios: «caña quebrada no partirá y mecha mortecina no apagará» (Is 42, 3). Dios envió su Hijo al mundo para que todo el que se vuelva hacia él buscando su rostro, sea cual sea su situación moral, no quede defraudado.

Jesucristo que lleva en su carne la inagotable misericordia de su Padre, viendo a la humanidad doliente y sufriendo con el hombre el cansancio de su propio corazón, proclama esta buena noticia: «venir a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas punto porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11, 28-30).

El Hijo de Dios muere no para darnos ningún ejemplo moralizante, sino para comprarnos en rescate para el Padre. Así lo anuncia el Apóstol Pedro: «habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros Padres no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Jesucristo» (1Pe 1, 18-19). sangre preciosa del cordero que ha hecho posible que el rostro de Dios que buscaba el salmista este transparentado en toda su plenitud en el Santo Evangelio. ■

No tengáis miedo a morir

«Tu hija está muerta. No molestes ya al maestro. Jesús, que lo oyó, le dijo: no temas» (Lc 8, 50).

«No se turbe vuestro corazón punto creéis en Dios; Creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; sí no, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado con lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté ello estéis también vosotros» (Jn 14, 1-3)

¿Se puede hablar de la muerte con mayor claridad, suavidad y transparencia? con razón el papá Juan Pablo II, estando ya en sus últimos días, no hacía más que decir: ¡Déjenme ya partir para la casa del Padre! en estas palabras de Jesús —como en todas— hay que creer. no tenemos otras que nos lo digan con mayor verdad y esperanza... Salvo aquellas que le dijo al «buen ladrón», estando los dos a punto de morir: «hoy estarás conmigo en el paraíso. Yo te lo aseguro» (Lc 23, 43). Existe mayor desafío a la muerte que éste de Jesús prometiendo el paraíso cuando el mismo está a punto de morir.

Jesucristo es el enemigo mortal de la muerte: «oh muerte, ¿dónde está tu victoria?» (1Cor 15,55). «La muerte solo es buena para el hombre acabado, agotado, ahído de cuidados, que se rebela contra el destino y que ha perdido toda paciencia» (cf. Ecl 41, 2); Además del carente de fe en Jesús porque «el que cree en mí, aunque muera, vivirá» (Jn 11, 25). Jesús



vino a destruir las dos cosas destructoras del hombre: el pecado y la muerte, que son las que amenazan la obra predilecta de Dios. Dios no puede tener enemigos que puedan competir con él. De los dos, la muerte es la que más se resiste a morir: «oh muerte, yo seré tu muerte», dice De Jesús la liturgia de Pascua. Por eso, la resurrección de la carne es consecuencia del poder de Dios punto

La muerte no se vence con la resignación sino con la resurrección. La resignación es una mueca de consuelo inventada por la impotencia humana. La resurrección es la Potencia de Dios puesta al servicio de sus planes redentores, y garantizada por la resurrección de Cristo (cf. Rm 8,11).

Jesucristo se enfrentó varias veces con la muerte punto la más sensible fue la de un amigo, Lázaro de Betania, —de la muerte de su padre José ocurrida en su juventud, no tenemos referencia—, ante la cual lloró, quizás no tanto por la muerte misma

cuanto por el dolor que causó en la familia y entre los muchos amigos que tenía (cf. Jn 11, 18-44). Lázaro debía ser todo un Caballero. Su muerte le brindó a Jesús la oportunidad de exteriorizar su humanidad y su divinidad delante de muchos. Y muchos creyeron, secundando la admirable confesión de Marta: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo» (Jn 11, 27). pero ¡ay!, también sintió la pena y la impotencia humana divina para vencer la maldad de los que solo ven la muerte —matar— como única solución a sus tenebrosos, tristes y egoístas planes (cf. Jn 11, 53).

Jesús, por compasión, también devolvió la vida —resucito— a otras dos personas que no tenía nada que ver con su entorno. Dos niños: una niña de 12 años y un niño adolescente. El niño era de Naín, un pueblecito de judea por donde ocasionalmente pasaba Jesús. Su mamá era viuda y él único hijo; ¡cómo no iba a tener compasión de aquella pobre mujer con la que se topó en el camino de la vida! a ella no le pidió ni fe para hacer el milagro; con el dolor le bastó a Jesús. «No llores», tuvo la delicadeza de decirle. Y luego al muerto: «hablo contigo, muchacho, levántate». «Y el muerto se incorporó y se puso a hablar, Y Jesús se lo dio a su madre» (Lc 7, 13-15). impresiona ver el comportamiento de Jesús con la muerte. ¡No la soporta! ¡ni la muerte tampoco resiste la presencia del resucitado!

El caso de la niña es todavía más emocionante. Aquí Jesús, hasta rechaza la palabra muerte. Prefiere decir que «la niña no ha muerto» (Mc 5, 39), cosa que provocó hilaridad, ya que era evidente.

Todo el vecindario estaba llorando y haciendo los funerales por ella. Pero Jesús prefirió insistir: «está dormida», aunque diera motivos para que, las plañideras del barrio se mofarían de El punto al papá de esta niña sí que le exigió fe, a la vez que le pidió desechar el miedo: «no tengas miedo, solamente ten fe y tu niña se salvará» (Lc 8, 50). De Jesús es más fuerte que la muerte. «Dijo en voz alta, tomándola de la mano: niña levántate», y la muerte fue vencida una vez más. Y como Señor de la vida, «mandó que le dieran a la niña de comer». «Sus padres quedaron estupefactos —y todos los vecinos boquiabiertos— y él ordenó que a nadie dijeran lo que había pasado» (Lc 8,49-56), que, gracias a Dios, no hicieron, pues nunca hubiéramos conocido estos detalles de la ternura del Señor.

Sobrecoge pensar en lo que habrá podido sentir Jesús, en el huerto de los olivos, frente a su propia muerte ¡tan cercana!, para, inclusive, llegar a producir una tensión fuerte en su organismo, «un sudor como de gotas espesas de sangre» (Lc 22, 44), y llevándole a un hombre tan entero y fuerte como él, «a sentir pavor y angustia» (Mc 14, 33). quizás no fueron los latigazos, ni los clavos, ni las espinas lo más duro para un Jesús-Dios qué, teniendo conciencia de ser la vida misma, tuviera que morir; tuviera que ser derrotado, aunque fuera por poco tiempo. quizás no le faltará algo de razón a San Pedro al no entender ese empeño del maestro de querer ir a Jerusalén, donde era muy probable que le mataran: «¡de ningún modo te sucederá eso!» (Mt 16-22). tan terrible debió ser para Jesús la inminencia de su propio morir que no pudo

menos de recurrir al amor y al poder de Dios: «¡Abba, Padre! todo es posible para ti; aparta de mí esta Copa» (Mc 14, 36). ¡Papá, papacito! aparta de mí este trago tan amargo, espantoso, aterrador...! Él sabía que, liberándonos, aunque solo fuera de la idea de tener que morir para siempre, nos hacía un favor inmenso junto y se lo dijo a Marta con mucha fuerza: «¿crees esto? yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (Jn 11, 25-26). Marta no entendió casi nada. Sin embargo, la respuesta fue intuitiva y muy atinada: «sí, Señor, yo creo que tú eres...» (Jn11, 27). Sí, Señor, yo creo en ti. Creo que lo que tú hagas conmigo es lo mejor, aunque sea morir.

La muerte es un misterio insondable e impenetrable cuyo tema de diálogo o discusión convierte a los humanos en tontos o incompetentes. Siendo, cómo es, tan cotidiana, se habla muy poco de ella, no solo por incompetencia sino también por miedo punto la industria del muerto ha inventado de todo, incluidos los coloretos, para que no parezca muerto. También hacemos lindas sepulturas y cementerios. No sabemos hacer más. ¡Qué pena! pero Jesús sí que sabe hacer más. ¡Mucho más!

Jesucristo es el dueño de la vida; propia y ajena: «nadie me quita la vida: yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y para recobrarla de nuevo» (Jn 10, 20-21). a nosotros, la vida nos la dan y nos la quitan, sin que tengamos decisión ninguna. Jesús llegó a la locura de identificarse con la vida: «yo soy... La vida» (Jn 1 (Jn 14, 6). ¡pobre Pilato! qué lío se hizo con él: ¿tú quién eres? ¿de

dónde eres tú?» (Jn19,9). pero no quiso oír las respuestas de Jesús. ¡Pobre diablo; pobre Pilato! ¡qué oportunidad se perdió! sin embargo, Dimas, aprovechó «al máximo» la única oportunidad que se le dio en la vida: «hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23, 43). ¡Grande Dimas! a eso se llama, ¡tener suerte! históricamente es un Santo proclamado, solamente por haberse encontrado con Jesús un ratito, aunque fuera en pésimas circunstancias. Los dos: Jesús y Dimas, están a punto de morir. Y el loco Jesús le está prometiendo que, dentro de un rato, ¡hoy mismo!, se volverán a encontrar, aunque en circunstancias muchísimo mejores. ¿Qué está pasando? ¡el mundo al revés! efectivamente, Jesús vino para poner el mundo al revés. Sí, ha venido para hacer que los ciegos vean el valor de la vida eterna goma y para qué, los que dicen ver el valor de esta vida, sin recurrir a él, se queden ciegos y la pierdan (cf. Jn 9, 39). vino a prometer algo diferente y totalmente nuevo: vi con él, «quien quiera salvar su vida, la perderá; pero aquí en pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8, 35).

No tengamos miedo pues a entregar nuestra vida y a morir con él y como él, por amor. El amor ha pasado a ser, con él, la moneda más valiosa. ¡Más valiosa que la misma vida! así lo siente y vive el loco por Cristo, San Pablo: «para mí, la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia» (Fl 1, 21). ■

Ángel Llorente
No tengáis miedo
Sindéresis pp. 77-82



QUIERO CREER

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver
quiero creer.

Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé,
y, limpio de culpa vieja,
sin verlos te pude ver.
Quiero creer.

Devuélveme aquellas puras
transparencias de aire fiel,
devuélveme aquellas niñas
de aquellos ojos de ayer.
Quiero creer.

Limpia mis ojos cansados,
deslumbrados del cimbel,
lastra de plomo mis párpados
y oscurécelos bien.
Quiero creer.

Ya todo es sombra y olvido
y abandono de mi ser.
Ponme la venda en los ojos.
Ponme tus manos también.
Quiero creer.

Tú que pusiste en las flores
rocío,
y debajo miel,
filtra en mis secas pupilas
dos gotas frescas de fe.
Quiero creer.

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver
creo en Ti y
quiero creer.

Gerardo Diego

LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Los signos del pan y del vino

En el corazón de la celebración de la Eucaristía se encuentran el pan y el vino que, por las palabras de Cristo y por la invocación del Espíritu Santo, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Fiel a la orden del Señor, la Iglesia continúa haciendo, en memoria de Él, hasta su retorno glorioso, lo que Él hizo la víspera de su pasión: «Tomó pan...», «tomó el cáliz lleno de vino...». Al convertirse misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de

1333 Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando también la bondad de la creación. Así, en el ofertorio, damos gracias al Creador por el pan y el vino (cf *Sal* 104, 13-15), fruto «del trabajo del hombre», pero antes, «fruto de la tierra» y «de la vid», dones del Creador. La Iglesia ve en el gesto de Melquisedec, rey y sacerdote, que «ofreció pan y vino» (*Gn* 14, 18), una prefiguración de su propia ofrenda (cf *Plegaria Eucaristía I o Canon Romano*, 95; *Misal Romano*). ■

En la Antigua Alianza, el pan y el vino eran ofrecidos como sacrificio entre las primicias de la tierra en señal de reconocimiento al Creador. Pero reciben también una nueva significación en el contexto del Éxodo: los panes ácidos que Israel come cada año en la Pascua conmemoran la salida apresurada y liberadora de Egipto. El recuerdo del maná del desierto sugerirá siempre a Israel que vive del pan de la Palabra de Dios (*Dt* 8, 3). Finalmente, el pan de cada día es el

1334 fruto de la Tierra prometida, prenda de la fidelidad de Dios a sus promesas. El «cáliz de bendición» (*1 Co* 10, 16), al final del banquete pascual de los judíos, añade a la alegría festiva del vino una dimensión escatológica, la de la espera mesiánica del restablecimiento de Jerusalén. Jesús instituyó su Eucaristía dando un sentido nuevo y definitivo a la bendición del pan y del cáliz. ■

Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único pan de su Eucaristía (cf. *Mt* 14, 13-21; 15, 32-29). El signo del agua convertida en vino en Caná (cf *Jn* 2, 11) anuncia

1335 ya la Hora de la glorificación de Jesús. Manifiesta el cumplimiento del banquete de las bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo (cf *Mc* 14, 25) convertido en Sangre de Cristo. ■

1336 El primer anuncio de la Eucaristía dividió a los discípulos, igual que el anuncio de la pasión los escandalizó: «Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?» (*Jn* 6, 60). La Eucaristía y la cruz son piedras de escándalo. Es el mismo misterio, y no cesa de ser ocasión de división. «¿También vosotros queréis marcharos?» (*Jn* 6, 67): esta pregunta del Señor resuena a través de las edades, como invitación de su amor a descubrir que sólo Él tiene «palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68), y que acoger en la fe el don de su Eucaristía es acogerlo a Él mismo. ■

La institución de la Eucaristía

1337 El Señor, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin. Sabiendo que había llegado la hora de partir de este mundo para retornar a su Padre, en el transcurso de una cena, les lavó los pies y les dio el mandamiento del amor (*Jn* 13, 1-17). Para dejarles una prenda de este amor, para no alejarse nunca de los suyos y hacerles partícipes de su Pascua, instituyó la Eucaristía como memorial de su muerte y de su resurrección y ordenó a sus apóstoles celebrarlo hasta su retorno, «constituyéndoles entonces sacerdotes del Nuevo Testamento» (Concilio de Trento: DS 1740). ■

1338 Los tres evangelios sinópticos y san Pablo nos han transmitido el relato de la institución de la Eucaristía; por su parte, san Juan relata las palabras de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, palabras que preparan la institución de la Eucaristía: Cristo se designa a sí mismo como el pan de vida, bajado del cielo (*cf Jn* 6). ■

Jesús escogió el tiempo de la Pascua para realizar lo que había anunciado en Cafarnaúm: dar a sus discípulos su Cuerpo y su Sangre:

1339 «Llegó el día de los Ázimos, en el que se había de inmolar el cordero de Pascua; [Jesús] envió a Pedro y a Juan, diciendo: “Id y preparadnos la Pascua para que la comamos” [...] fueron [...] y prepararon la Pascua. Llegada la hora, se puso a la mesa con los Apóstoles; y les dijo: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios” [...] Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: “Esto es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío”. De igual modo, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: “Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros”» (*Lc* 22, 7-20; *cf Mt* 26, 17-29; *Mc* 14, 12-25; *1 Co* 11, 23-26). ■

1340 Al celebrar la última Cena con sus Apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la Pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y su resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la Pascua judía y anticipa la Pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino. ■

Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Noviembre 2021

TURNO	NOVIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLFONO	HORA DE COMIENZO
2	13	Santísimo Cristo de la Victoria	Blasco de Garay 33	915 432 051	23:00
3	12	La Concepción	Goya 26	915 770 211	22:30
4	5	San Felipe Neri	Antonio Arias 17	915 737 272	22:30
5	19	María Auxiliadora	Ronda de Atocha 27	915 304 100	21:00
6	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
7	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
10	5	Santa Rita	Gaztambide 75	915 490 133	21:00
11	26	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana	Puerto Rico 29	914 579 965	21:45
13	6	Purísimo Corazón de María	Embajadores 81	915 274 784	21:00
14	26	San Hermenegildo	Fósforo 4	913 662 971	21:30
15	10	San Vicente de Paul	Plaza San Vicente de Paul 1	915 693 818	22:00
16	11	San Antonio	Bravo Murillo 150	915 346 407	21:00
17	12	San Roque	Abolengo 10	914 616 128	21:00
19	26	Inmaculado Corazón de María	Ferraz 74	917 589 530	21:00
20	5	Ntra. Sra. de las Nieves	Nuria 47	917 345 210	21:30
22	13	Virgen de la Nueva	Calanda s/n	913 002 127	21:00
23	5	Santa Gema Galgani	Leizarán 24	915 635 068	22:30
24	5	San Juan Evangelista	Plaza Venecia 1	917 269 603	21:00
25	27	Virgen del Coro	Virgen de la Alegría 12	914 045 391	21:00
28	5	Ntra. Sra. del Stmo. Sacramento	Clara del Rey 38	914 156 077	21:00
31	5	Santa María Micaela	General Yagüe 23	915 794 269	21:00
32	25	Nuestra Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
33	4	San Germán	General Yagüe 26	915 554 656	21:30
35	26	Santa María del Bosque	Manuel Uribe 1	913 000 646	22:00
36	20	San Matias	Plaza de la Iglesia 1	917 631 662	21:00
38	26	Ntra. Sra. de la Luz	Fernán Núñez 4	913 504 574	22:00
39	5	San Jenaro	Vital Aza 81 A	913 672 238	20:00
40	12	San Alberto Magno	Benjamín Palencia 9	917 782 018	22:00
41	12	Virgen del Refugio y Santa Lucia	Manresa 60	917 342 045	22:00
42	5	San Jaime Apóstol	José Martínez Seco 54	917 979 535	21:30
43	5	San Sebastián Mártir	Plaza de la Parroquia 1	914 628 536	21:00
45	19	San Fulgencio y San Bernardo	San Illán 9	915 690 055	22:00
46	5	Santa Florentina	Longares 8	913 133 663	22:00
47	12	Inmaculada Concepción	El Pardo	913 760 055	21:00
48	12	Ntra. Sra. del Buen Suceso	Princesa 43	915 482 245	21:30
49	19	San Valentín y San Casimiro	Villajimena 75	913 718 941	22:00
50	12	Santa Teresa Benedicta de la Cruz	Senda del Infante 20	913 763 479	21:00
51	13	Sacramentinos	Alcalde Sáinz de Baranda 3	915 733 204	21:00
52	4	Bautismo del Señor	Gavilanes 11	913 731 815	22:00
53	5	Santa Catalina de Siena	Juan de Urbietta 57	915 512 507	21:30
55	26	Santiago El Mayor	Santa Cruz de Marcenado 11	915 426 582	21:00
56	18	San Fernando	Alberto Alcocer 9	913 500 841	21:00
57	6	San Romualdo	Azcao 30	913 675 135	21:00
59	5	Santa Catalina Labouré	Arroyo de Opañel 29	914 699 179	21:00
61	6	Ntra. Sra. del Consuelo	Cleopatra 13	917 783 554	22:00
62	10	San Jerónimo el Real	Moreto 4	914 203 078	21:00
63	12	San Gabriel de la Dolorosa	Arte 4	913 020 607	22:00
64	19	Santiago y San Juan Bautista	Santiago 24	915 480 824	21:00
65	12	Ntra. Sra. de los Álamos	León Felipe 1	913 801 819	21:00
66	20	Ntra. Sra. del Buen Consejo (Colegiata S Isidro)	Toledo 37	913 692 037	21:00
67	26	San Martín de Porres	Abarzuza s/n	913 820 494	21:00
69	19	Virgen de los Llanos	Plaza Virgen de los Llanos 1	917 058 471	21:00
70	18	San Ramón Nonato	Melquiades Biencinto 10	914 339 301	21:30
71	12	Santa Beatriz	Concejal Francisco José Jimenez Martín 130	914 647 066	21:00
72	5	Nuestra Señora de la Merced	Corregidor Juan Francisco de Luján 101	917 739 829	21:00
73	5	Patrocinio de San José	Pedro Laborde 78	917 774 399	21:00

Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

Noviembre 2021

TURNO	NOVIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
74	12	Santa Casilda	Parador del Sol 10	915 691 090	21:00
75	19	San Ricardo	Gaztambide 21	915 432 291	20:00
76	19	Nuestra Señora del Cortijo	Oña 91 B	917 663 081	22:00
77	5	Santa María del Pozo y Santa Marta	Montánchez 13	917 861 189	21:00
78	19	Epifanía del Señor	Nuestra Señora de la Luz 64	914 616 613	21:30

Calendario de Vigilias de las Secciones de la Diócesis de Madrid

SECCIÓN	NOVIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
Fuencarral	6	San Miguel Arcángel	Islas Bermudas	917 340 692	21:30
Tetuán de las Victorias	12	Ntra. Sra. de las Victorias	Azucenas 34	915 791 418	21:00
Pozuelo de Alarcón T I	26	Asunción de Ntra. Sra.	Iglesia 1	913 520 582	22:00
Pozuelo de Alarcón T II A	11	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30
Pozuelo de Alarcón T II B	18	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30
Santa Cristina T I y II	13	Santa Cristina	Paseo Extremadura 32	914 644 970	
Ciudad Lineal	20	Ntra. Sra. de la Concepción	Arturo Soria 5	913 674 016	21:00
Campamento T I y II	26	Ntra. Sra. del Pilar	Plaza Patricio Martínez s/n	913 263 404	21:30
Fátima	13	Ntra. Sra. del Rosario de Fátima	Alcalá 292	913 263 404	20:00
Vallecas	26	San Pedro Advíncula	Sierra Gorda 5	913 311 212	23:00
Alcobendas T I	5	San Pedro	Plaza Felipe Alvarez Gadea 2	916 521 202	22:30
Alcobendas T II	20	San Lesmes Abad	Paseo La Chopera 50	916 620 432	22:30
Mingorubio	11	San Juan Bautista	Regimiento	913 760 898	21:00
Pinar del Rey	19	San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	22:00
Ciudad de los Ángeles	20	San Pedro Nolasco	Doña Francisquita 27	913 176 204	22:30
Las Rozas T I	12	La Visitación de Ntra. Sra.	Comunidad de Murcia 1	916 344 353	22:00
Las Rozas T II	19	San Miguel Arcángel	Cándido Vicente 7	916 377 584	21:00
Las Rozas T III	5	San José (Las Matas)	Amadeo Vives 31	916 303 700	21:00
Peña grande	19	San Rafael Arcángel	Islas Saipán 35	913 739 400	21:00
San Lorenzo de El Escorial	20	San Lorenzo Martir	Medinaceli 21	918 905 424	22:30
Majadahonda	5	Santa María	Avda. España 47	916 340 928	21:30
Tres Cantos	20	Santa Teresa	Sector Pintores 11	918 031 858	22:30
La Navata	19	San Antonio	La Navata	918 582 809	22:30
La Moraleja	26	Ntra. Sra. de la Moraleja	Nardo 44	916 615 440	22:00
Villanueva del Pardillo	19	San Lucas Evangelista	Plaza de Mister Lodge 2	918 150 712	21:00
San Sebastián de los Reyes	5	Ntra. Sra. de Valvanera	Avda. Miguel Ruiz Felguera 4	916 524 648	22:00
Turnos en preparación					
Secc. Madrid (T-79)	12	Nuestra Señora de la Paz	Valderribas 57	915 012 328	21:00
Secc. Madrid (T-80)	5	Oratorio Caballero de Gracia	Gran Vía 17 (Caballero de Gracia 5)	915 326 937	21:00
Secc. Madrid (T-81)	26	Nuestra Señora de los Apóstoles	Luis de Hoyos Sainz 94 Bis	913 714 411	21:00
Secc. Madrid	19	San Eloy	Plaza Doctor Barraquer 1	917 389 740	21:00
Secc. Tetuán de las Victorias	12	San Eduardo y San Atanasio	General Margallo 6	915 702 700	21:00
Secc. Vallecas	18	Santa Josefa María del Sagrado Corazón	Avenida de la Gavia 25	914 254 468	21:00
Secc. Collado Mediano	12	San Ildefonso (Religiosas de la Asunción)	Paseo de los Rosales 44	918 554 504	22:00

Todos los lunes: EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y ADORACIÓN. Desde la 17:30 hasta las 19:30 horas.

Todos los jueves: SANTA MISA, EXPOSICIÓN DE S.D.M. Y ADORACIÓN; 19:00 horas.

Mes de NOVIEMBRE de 2021

Día 4	Secc. de Madrid	Turno 5	María Auxiliadora
Día 11	Secc. de Madrid	Turno 6 y 7	La Milagrosa
Día 18	Secc. de Madrid	Turno 10	Santa Rita
Día 25	Secc. de Tetuán de las Victorias	Turno I	Ntra. Sra. de las Victorias

Lunes, días: 1, 8, 15, 22 y 29

Mes de DICIEMBRE de 2021

Día 2	Secc. de Madrid	Turno 11	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana
Día 9	Secc. de Madrid	Turno 13	Purísimo Corazón de María
Día 16	Secc. de Madrid	Turno 14	San Hermenegildo
Día 23	Secc. de Madrid	Turno 15	San Vicente de Paul
Día 30	Secc. de Pozuelo de Alarcón	Turno I y II	Asunción de Nuestra Señora y Cristo Rey

Lunes, días: 6, 13, 20 y 27

Rezo del Manual para el mes de noviembre 2021

Esquema del Domingo I	del día 13 al 19 y del 27 al 30	pág. 47
Esquema del Domingo II	día 1 y del 20 al 26	pág. 87
Esquema del Domingo III	del día 1 al 5	pág. 131
Esquema del Domingo IV	del día 6 al 12	pág. 171

Las antifonas del 1 al 26 corresponden al Tiempo Ordinario. Las antifonas del día 27 al 30 corresponden al Tiempo de Adviento, también puede utilizarse el esquema propio del mismo en la página 287.

SOLEMNE VIGILIA GENERAL DE DIFUNTOS



1 DE NOVIEMBRE DE 2021
22:00 HORAS
PARROQUIA BASÍLICA
DE LA MILAGROSA
(C.GARCÍA DE PAREDES 45)